

# POTRO VIEJO

Había recibido con detalle la ubicación del gimnasio al que me dirigía. Hasta google maps puede trazar estas calles que no son sino meandros de barro reseco que atraviesan tramos asfaltados y rotos, donde se hacinan, sin orden alguno, basuras e inmundicia, casonas medio derruidas, caravanas viejas y desvencijadas, chabolas podridas y algún que otro pequeño edificio de lo que antes fue un pequeño polígono industrial. Aquí, cualquier lugar es bueno para levantar un proyecto de vivienda con plásticos, tablones de madera, ladrillos rotos y mal pegados, uralita, cartones, periódicos, revistas, abrigos, pieles pestilentes de vaca o ropa vieja, sin contratistas, inmobiliarias, arquitectos ni aparejadores. Con eso y algo más, consiguen aliviarse del viento, la lluvia, el frío o el tremendo calor de un día de verano como el de hoy.

El gimnasio se encontraba en un edificio de dos plantas medio derruido (la planta superior), en el cual una habitación, más o menos grande (en la planta inferior), seguía en pie con su techo, cuatro paredes, dos ventanas y una puerta con cerradura. El sol de julio de las 5 de la tarde abrasaba mi cabeza por la falta de sombra en este poblado del extraradio situado a poco más de 5 kilómetros de las Cuatro Torres Business Area de Madrid. El cielo (la Business Area) y el infierno (el poblado del Rosillo) casi frente a frente.

Me acompaña Puto Largo, tipo esmirriado y piel de cartón, con los ojos a medio abrir y la mirada perdida en el suelo. Me había ofrecido una botella de agua fría para sobrellevar el paseo infernal campo a través. ¿De dónde la sacaría? Habíamos dejado el coche a cargo de su colega Treni. Es imposible llegar y dejar el coche aquí; no por el acceso en sí, sino porque basta dejar un vehículo extraño más de un minuto sin vigilar para que te roben el tapacubos, los espejos retrovisores, los limpiaparabrisas y hasta ¡la matrícula! Puto Largo golpea tres veces el portalón de hierro de color negro y entramos al local. Nada más traspasar la puerta recibo un bofetón de aire caliente, estamos zambullidos en una espesa atmósfera semilíquida aún más pegajosa que la del exterior; además, la sacudida a olor humano y sudor ácido hacen difícil caminar por el local. Doy un último trago a la botella de agua (¡aún fría!) para sentir un aliento de frescura. Hay que acostumbrarse.

El habitáculo, poco más de 80 m<sup>2</sup>, cuenta con cuatro sacos de boxeo colgantes "*Charlie*", raídos y malformados, y un saco de pera prácticamente en esqueleto. Al fondo, un pequeño ring a nivel de suelo acotado con una cuerda de nylon. De las paredes, además de los pequeños ríos de humedad y sudor que resbalaban hasta el suelo, cuelgan cuatro cuadros torcidos con diplomas antiguos y posters medio rotos de boxeadores y chicas desnudas. Ocho chavales de entre 14 y 20

años entrenan turnándose en la pegada con los sacos y otros dos luchan en el ring sin casco protector. Saltando junto a ellos y gritando estaba Poli, Poli Díaz, Policarpo Díaz Arévalo, el Potro de Vallecas, el siete veces campeón de España, el ocho veces campeón de Europa, el subcampeón del mundo de peso ligero en la famosa velada contra Pernill Whitaker. Puto Largo se mete dos dedos en la boca y suelta un tremendo silbido; todo el gimnasio frena la actividad. Poli da instrucciones a los dos chavales que pelean y va a nuestro encuentro. Chocamos las manos y nos damos un fuerte abrazo. Había conocido a Poli una semana antes, hablé con él poco más de 15 minutos y concertamos la entrevista. Sin embargo, me trataba como a un amigo de toda la vida.

Poli está a poco más de un año de cumplir los 50. Sigue vivo, ¡que no es poco! Tras los días de gloria, allá por los años 80 y 90, en los que se convirtió en una leyenda del boxeo español, su caída en el mundo de las drogas o el alcohol, clásica y presumible en boxeadores sacados del arroyo y con poca o nula formación, le habían hecho desaparecer de las noticias deportivas y del corazón para ser portada de las páginas de sucesos: peleas violentas, enganche a la heroína, detenciones, noches en la cárcel. Ahora, celebramos su penúltima salida del pozo —"[uno nunca puede decir que ha salido de la droga](#)"\*— visitando al Potro en el pequeño gimnasio de este barrio chabolista donde llegó a vivir semanas en una tienda de campaña para estar lo más cerca posible del "material". Pero Eva, su mujer, y el párroco Nicanor lograron arrancarlo de este inframundo y someterlo a una cura de desintoxicación. Sigue siendo un tipo alegre, contento, positivo, primitivo, como en sus primeros días de boxeo, cuando quería (y podía) comerse el mundo. Para agradecer al párroco su labor con él y los chavales del poblado, en su mayoría gitanos y desheredados, ha montado este pequeño recinto de boxeo con artículos que ha conseguido de otros gimnasios. Y una vez a la semana imparte dos horas de clase y organiza alguna que otra velada en noches del verano.

Poli ya no es "El Poli", no es aquel tipo impetuoso que arrastraba a todos, aquel gran boxeador, tan falto de técnica como sobrado de carisma, ultrarápido y de tremenda pegada. Su rostro, marcado por el tiempo —como el de cualquiera a punto de cumplir los 50—, es un puzzle picassiano abollado donde se perfilan el sufrimiento y el dolor físico. Y el mental. Los ojos de Poli descansan hundidos en las cuencas, en sombra continua; tiene la piel reseca y estirada por la mala nutrición y los excesos de juventud, y una pequeña raja mal curada le atraviesa parte del labio; el corte de su rostro evidencia la raíz humilde de su familia bregada en el campo, en el duro trabajo de sol a sol. Pero la mirada, a pesar de la tristeza de pozo negro, exuda juventud y suficiencia, hasta un aroma adolescente. Es la mirada del niño pillo y resabiado que siempre tuvo y siempre tendrá. Habla más lento que antes, menos atropellado, más confiado en lo que puede decir y sin embargo, se remueve nervioso en la silla como si recibiera pequeñas descargas de 25 voltios,

\*Entrevista en Antena 3, del 24.03.2013

como en los "viejos tiempos". Me mira, mira a los chicos que golpean los sacos, mira a los que pelean en el "ring", grita, hace aspavientos, suda. A pesar de su extrema delgadez, de la poca grasa que le queda, su frente, al igual que la mía, se llena de sudor.

—Me gusta sudar, tío. Te limpias por dentro y por fuera. Luego a casa, una ducha fría y como nuevo.

—¿Este proyecto?

—Quiero moverme, no puedo estar quieto y además necesito dinero, como todo el mundo, ¿no?

—¿Quién te ha dado el material del gimnasio?

—Aún hay gente que me quiere y me ayuda. Hice feliz a muchas personas, sobre todo a las de mi barrio, Vallecas, y a mi familia. Soy muy bien recibido en los gimnasios de boxeo, aunque cada vez van quedando menos. Si cobrara por los selfies que se hacen conmigo, me haría millonario. Ja, ja, ja.

Varios niños, gitanos en su mayoría, se acercan a nosotros y nos hacen fotos con sus móviles y tabletas. Piden que posemos. Puto Largo los espanta.

—Ves a estos chicos. No han visto mis peleas, no saben nada de mí, tan solo lo que les cuentan sus padres y abuelos cuando salía por televisión.

—¿Te gusta el nombre Policarpo?

—Al principio no. En el colegio se choteaban conmigo, era "El Carpa", "El Carpanta", pero tras varias peleas logré poner mi nombre y mi orgullo en su sitio, y contra niños que me sacaban tres años y hasta ¡dos cabeza! Pero yo soy: ¡El Poli, tío! ¡El Potro vallecano! ¡Cuidado conmigo!

—¡Eh Poli!, me sangran las manos —dice un chaval desenrollando la cinta de la mano izquierda—. Joder, cómo pica.

—Pon las manos en agua y echate betadine. Esos guantes están más rotos por dentro que por fuera. La semana que viene te traigo unos nuevos.

—¿Te gusta enseñar?

—Claro hombre, disfruto mucho, descubro a chavales con futuro. Lástima que no pueda sacarme el título de entrenador; ya sabes, ni estudios, ni EGB, pero que sé más que otros que van de académicos, es indudable. La fiereza, el movimiento, el encaje de golpes, el aguante, eso solo se enseña si lo has vivido.

—¿Qué cambiarías de tu vida?

—¿Cambiar? Nada. La vida no se puede cambiar, tronco. ¡Más quisiera!

—¿Qué sientes con unos guantes?

—Buff. Poder, mucho poder. Ganas de demoler y de batirme contra lo que sea. Claro que,... eso era lo que sentía, ¿no? Golpear, machacar, aplastar. Ahora ¡ja!. Ahora enseño a colocarlos bien y

a bailar con ellos: defender, sostener, observar, fintar y ... ¡zaska! —Lanza un derechazo sorpresa al aire delante de mi cara. El soplo me refresca y asusta—. Hay mucha danza en el boxeo.

—¿Ves futuro al boxeo?

—Sí, hombre, por supuesto. ¡Me he encontrado por ahí a cada bestia! Entrené a [un chaval del País Vasco con una derecha que como enganche a uno le arranca la cabeza y le abre un panteón.](#)\*

De pronto, Poli se levanta de su asiento y se dirige a los dos que pelean en el ring. Comienza a echarles la bronca. Uno le había dado duro al otro en las costillas y éste se defendió con patadas para quitárselo de encima. Los separa y dice gritando: "Se acabó por hoy, el boxeo es una cosa seria, coño; es una pelea, sí; hay que tumbar al enemigo, también; pero tiene sus reglas y la fundamental es el respeto al adversario. ¡Os enteráis, ostias!" Los chavales chocan los guantes y se dan un abrazo.

—Hay que estar muy encima —Retoma el asiento. En su rostro asoma la duda y el desconcierto—. Es necesario vigilar de cerca. Estos potrillos se pueden matar entre sí... Pero yo les entiendo, ¡ja, ja, ja! —La risa pícaro vuelve a asomar en el rostro de Poli—. Si supieran las ostias que daba en el colegio. No soporto las injusticias y menos la de los mayores aprovechándose de los pequeños.

—¿Entrenas aún?

—¿Entrenar? Nooo. Trato de mantener la forma. Me gusta el boxeo, me gusta el movimiento, me gusta lanzar puños, me gusta sudar como una perra. Poco más.

Poli se levanta de nuevo y se pone a hacer "sombra" delante del único espejo de todo el gimnasio.

—¿Ves? ¿Ves?

Poli finta, dribla, cambia de pie, suelta un gancho, flexiona rodillas, lanza golpes rápidos a los costados izquierdo y derecho de su "oponente". Algo le queda del reflejo de mosca cojonera que se libra, siempre, del aplastamiento final con la pala. Sus ojos brillan más que nunca. La mirada de alerta se transforma en un pequeño gesto de sonrisa, de auténtica confianza en su velocidad innata y en su astucia. Los chavales y Puto Largo le rodean y jalean: "Poli, Poli, vamos Poli, mávalo". Poli hace una serie de diez golpes ultrarápidos con *crochet* final, se frena y levanta los puños dando pequeños botes sobre sí mismo. La respiración es entrecortada. Tarda en tomar resue-

\*Entrevista en periódico Mundo Deportivo:

[http://www.mundodeportivo.com/20130119/otros-deportes/poli-diaz-vuelve-a-ponerse-los-guantes-ahora-para-ensinar\\_54361025528.html](http://www.mundodeportivo.com/20130119/otros-deportes/poli-diaz-vuelve-a-ponerse-los-guantes-ahora-para-ensinar_54361025528.html)

llo. Se abraza a Puto Largo que lo levanta y coloca en alto como un padre a un hijo. Los ojos de Puto Largo son pura admiración. Parecen haber despertado del letargo que los aburridos y calurosos días en el poblado del Rosillo cuece en las mentes de los desafortunados, días en los que nada se espera porque nada hay que esperar, excepto la dosis tal vez y estos momentos que les regala Poli para hacer más llevadera sus vidas ausentes; vidas y momentos que Poli conoce muy bien y que ha sufrido en carne propia.

Poli sigue tomando aire, recupera la actitud. Sonríe y choca guantes con los alumnos. Algunos sacan los móviles, I-Phones de última generación, y comienza el acibillado a selfies. El Potro recibe golpes de flash, el Potro está cansado, el Potro sonríe. Poli está vivo.



Esta entrevista-reportaje-homenaje a Policarpo Díaz es totalmente ficticia.

JB 2017